

bles ó ciudadanos, como su cestero Dionisio Hesselin, el recaudador Juan Arnoulfin, los consejeros Guillermo de Corbie y Esteban Chevalier ó Juan Luillier, clérigo de la ciudad de París: allí, en alegre compañía, sentado entre lindas plebeyas, bebía fuerte y bromeaba de lo lindo porque le gustaban las maneras desenvueltas y sus cartas atestiguan la libertad de su lenguaje. Hablaba á las mujeres y de las mujeres sin consideración alguna y sin perdonar á su hermana, ni á su madre ni á la reina.

Luis XI, á quien se representa erróneamente como avaro, tuvo por la caza y por los animales una afición ruinosa, haciendo gastos enormes para mantener caza en sus bosques y para poblar sus perreras y sus pajareas. Proporcionar al rey de Francia un perro ó un ave de especie rara fué un medio diplomático, y por dondequiera que el monarca pasaba, era preciso soportar «multitud de perros de muestras y aves que estropeaban las camas y los honestos hogares de las buenas gentes, que no se atrevían á lamentarse de ello.»

«Creo, dice Commynes, que si se contaran bien todos los buenos días de su vida, es decir, aquellos en los cuales ha tenido más alegría y placer que trabajo, resultarían ser muy pocos; y creo que se encontrarían veinte de afanes y de labor por cada uno de placer y de recreo.» En efecto, Luis XI fué un rey apasionado por su oficio, un trabajador maravillosamente activo y metódico, que se pasó la mayor parte de su vida informándose, viendo por sus propios ojos cosas y gentes, imaginando combinaciones políticas, dando órdenes y dictando cartas. Tenía un servicio de espías y guardaba en legajos especiales todos los papeles secretos que aquéllos habían descubierto ó robado. A su deseo de obtener rápidas observaciones debióse la famosa ordenanza de 1464 por medio de la cual organizó el servicio de los correos reales. Confesaba que era curioso como una mujer y escribía á Oliverio de Coetivy: «Hermano mío, soy de la condición de las mujeres: cuando me dicen algo en términos oscuros, quiero incontinenti saber qué es.» Commynes, por su parte, dice: «Jamás hombre alguno prestó tanto oído á las gentes, ni se informó de tantas cosas como él, ni quiso conocer á tantas personas.» Además «su memoria era tan grande que todo lo retenía.» Informado de esta suerte, pretendió dirigirlo todo en su reino, mezclarse en todo, aun en las «cosas nimias,» y «cercenar el poderío» de sus vecinos.

Estaba dominado por una desmesurada ambición, y su imaginación, nunca en reposo, alteraba á veces aquel «sentido natural» que no siempre era tan «perfectamente bueno» como asegura Commynes. La fecundidad de su ingenio, que continuamente creaba combinaciones nuevas, imprimió con frecuencia á su política aspectos caprichosos y perturbadores; su misma sutileza hacía en ocasiones vacilante, «temeroso en acometer,» ó versátil. En cambio nadie sabía mejor que él «salir de un mal paso, en tiempo de adversidad.» Si se equivocaba, advertía pronto su error y tenía el arte «de retroceder para saltar más lejos.» Nunca se obstinó por orgullo y decía «que cuando el orgullo cabalga delante, le siguen muy de cerca la vergüenza y el daño; de este pecado hallábase él exento.»

Gustábanle en extremo las intrigas y los «manejos secretos.» Sabía admirablemente sembrar la discordia entre sus adversarios, suscitarles mil obstáculos y luego

suavizar sus rencores y obtener de ellos, en el momento deseado, una tregua ó una paz conveniente. Ese rey, que halló modo de evitar toda guerra con los ingleses y de reconciliar á Margarita de Anjou con Warwick y á los suizos con Segismundo de Austria, era, en realidad, un hombre hábil; tenía un poder de seducción, del que estaba convencido, y procuraba dirigir, en lo posible, personalmente sus negociaciones; y cautivaba á las gentes con su lenguaje afable, con sus maneras cordiales, familiares, sencillas. El cronista borgoñón Molinet escribió de él que era una sirena; Tomás Basin le acusaba de haber tomado por modelos á Francisco Sforza y al rey de Sicilia, Fernando; y el embajador milanés Maleta escribía: «Parece como si hubiese vivido siempre en Italia y educádose en ella.» Tenía, en efecto, la flexibilidad de los diplomáticos italianos y la inclinación de éstos á la bellaquería y á los artificios complicados. Era como ellos un corruptor habilísimo: no ha habido príncipe que con mayor pertinacia procurara «conquistar á un hombre que pudiera servirle ó perjudicarle; y no se molestaba porque le rechazara una vez aquel á quien quería ganar, sino que volvía á la carga, prometiéndole con largueza y dándole dinero y empleos que conocía le gustaban.» En su concepto, todos los hombres se vendían, aunque fuesen el duque de Bretaña ó el duque de Borgoña.

La diplomacia fué su arma favorita. Era muy poco amante de la guerra y no porque le causara horror la efusión de sangre ni porque fuese cobarde (1), sino porque sentía perpetuo terror ante la idea de poder perder en un día de desgracia el fruto de sus largos esfuerzos. Durante sus campañas contra Carlos el Temerario, adoptó una estrategia análoga á la que había adoptado Carlos V: fortificar las plazas de las fronteras y las que dominaban los ríos, acosar á los invasores y hacerles padecer hambre, en caso de necesidad, asolando las comarcas, tales fueron sus procedimientos y con ellos le fué perfectamente. A veces, vióse obligado á enviar un ejército lejos, en cual caso no se cansaba de recomendar á sus capitanes que «marcharan con prudencia.» Interrumpía las hostilidades en cuanto podía, pues, aparte de que temía los azares de los combates, consideraba la guerra como un medio grosero, indigno de un príncipe hábil y como un azote para la «cosa pública.» En 1470, recibió del papa Paulo II una bula por la que se fundaba una «cofradía de la paz universal» en la que debían entrar los dignatarios eclesiásticos, los soberanos, los magnates y los principales ciudadanos de las ciudades, y escribió á su Consejo que la materia era «de gran bien y consecuencia» y que deseaba de todo corazón

(1) A los documentos ya conocidos relativos á la crueldad de este rey, ha añadido el P. Denifle una demanda de absolución que Luis, siendo delfín, dirigió al papa en 1447 con motivo de los saqueos y asesinatos que había tolerado ó ordenado durante sus campañas del Mediodía, de Normandía y de Alemania (Denifle, *Désolation des Eglises en France pendant la guerre de Cent Ans*, tomo I, n.º 1.018). Respecto de las acusaciones de pusilanimidad que contra él se han lanzado, véase T. Basin, *Oeuvres*, edición Quicherat, tomo III, págs. 185 y siguientes, y «Notices et extraits des Manuscrits,» tomo XXXIV, segunda parte, págs. 101-103. Luis XI escribía á Antonio de Chabannes en 1447, después de la toma de Arrás: «Por lo que hace á mi herida, el duque de Bretaña es quien tiene de ella la culpa porque me llamaba el *rey cobarde*, y también vos sabéis mi costumbre, porque en otro tiempo me habéis visto.» (*Lettres de Louis XI*, tomo VI, pág. 163.)



JUVENAL DE LOS URSINOS, BARÓN DE TRAINEL
(Retrato existente en el Museo del Louvre)

«que prosperase y produjese todos sus efectos.» Cuanto más se estudia el alma de este monarca, tanto más se descubren en ella sentimientos modernos.

Y sin embargo, Luis XI era una personalidad en absoluto devota de la Edad media por las ideas que en él imprimiera su educación y sobre todo por sus opiniones religiosas: estaba convencido de que Dios, la Virgen y los santos intervenían constantemente en sus asuntos y en todas partes veía milagros. Tratándose de un carácter tan prosaico y práctico, la piedad parecióle naturalmente un medio, y el más eficaz de todos, para salir con bien de las empresas de este mundo, al mismo tiempo que para garantizarse contra el infierno. Luis XI quiso, por consiguiente, tener al cielo de su parte y pretendió conquistarlo de la misma manera que se procuraba aliados y servidores en la tierra: colmó de atenciones y de regalos á la Divinidad y á los personajes influyentes del Paraíso; dedicó una gran parte de su tiempo á los ejercicios de devoción y á las peregrinaciones, y á menudo se le veía «arrastrarse de rodillas por el suelo» para rezar. Iglesias nuevas, relicarios de orfebrería, verjas de plata maciza, exvotos de oro y plata, donativos en metálico, misas perpetuas en los santuarios célebres, todos los medios fueron por él empleados para captarse los favores divinos. Su prodigalidad para con San Martín, San Miguel, Santa Marta y sobre todo con Nuestra Señora, «que en todos nuestros asuntos, decía, nos ha otorgado su ayuda y su dirección,» puso más de una vez en grave aprieto á los empleados de hacienda, los cuales habían de encontrar en pocos días una suma enorme para recompensar á un santo que acababa de manifestar su buena voluntad, ó bien para comprar una intercesión decisiva. San Martín de Tours recibió, después de la toma de Perpiñán, mil doscientos escudos, y la Virgen del Puy, después del nacimiento del delfín, veinte mil escudos de oro; y en 1472, Juan Bourré hubo de enviar inmediatamente mil doscientos escudos á un joyero encargado de fabricar «una ciudad de plata» á fin de evitar que Carlos *el Temerario* se apoderara de Noyón. Finalmente, Luis XI trató de arrebatar á sus rivales sus patronos celestes, haciendo frecuentes peregrinaciones á los santuarios venerados por sus grandes vasallos, lo que le permitía, de paso, recoger algunos informes preciosos: sus visitas á Nuestra Señora de Behuard, á Nuestra Señora de Nantilly y á Nuestra Señora del Puy le proporcionaron á la vez un pretexto para saber lo que pasaba en Anjou y una ocasión para interesar á la Virgen en favor de sus proyectos sobre la herencia del rey Renato. Ofreció un magnífico relicario á Santa Marta de Tarascón, que en Provenza protegía á la casa de Anjou; se puso en lugar de la casa de Orleans para reconstruir la iglesia de Nuestra Señora de Clery, y mostró particular devoción hacia un bienaventurado del Franco Condado, San Claudio, santo de los duques de Borgoña (1).

(1) Sobre la devoción de Luis XI á Nuestra Señora: L. Jarry, *Histoire de Cléry*, 1899; memorias de Quicherat, «Revue de l'Anjou et de Maine-et-Loire,» tomo II, 1853. Barraud, «Mémoires de la Société Académique de l'Oise,» tomo V, 1862. F. Le Proux, «Bulletin de la Société historique de Compiègne,» tomo I, 1869-72. Padre Guillermo, «Bulletin de la Société d'Etudes des Hautes Alpes,» tomo I, 1882. P. Dupouy, «Revue Poitevine,» 1897-1898. Sobre Luis XI y San Martín: C. L. de Grandmaison, «Mémoires de la Société archéologique de Touraine,» tomo XIII, 1861. So-

Luis XI fué también hombre de su tiempo por la violencia de sus pasiones: no debemos figurárnoslo como un político siempre dueño de sí mismo, que habla poco y demuestra constantemente gran serenidad de ánimo; al contrario, era nervioso, impaciente y necesitaba hacer grandes esfuerzos de voluntad para disimular los deseos y los odios que le consumían. La costumbre de beber macho vino y la dolorosa é irritante enfermedad de la piel que contrajo en su edad madura, exasperaron su humor irascible y agitado. No podía tolerar el reposo: «En cuanto se creía en seguridad ó siquiera en una tregua, poníase á descontentar á la gente por medios pequeños que de poco le servían y á duras penas podía soportar la paz.» Cuando no obraba, hablaba: Basin le pinta como un charlatán incorregible que discurría de prisa y tartajeando, y los embajadores milaneses describen en sus despachos audiencias de dos horas, durante las cuales no pudieron ellos decir una sola palabra pues el rey habló continuamente para «hablar mucho y mal» del papa y de los príncipes italianos. Commynes le oyó á menudo hacer esta confesión: «Ya sé que mi lengua me ha ocasionado grandes perjuicios.»

Luis XI ha sido juzgado de muy diversos modos por sus contemporáneos, según que éstos hayan sentido los efectos de su amistad, que era muy generosa, ó de su odio, que era temible. Un hombre de sus condiciones sólo podía ser admirado ó detestado; á todos inspiraba miedo y quince años después de su muerte un testigo del proceso de divorcio entre su hija Juana y Luis XII decía que, según opinión general, «era el rey más terrible que había tenido Francia.»

Aquel monarca terrible no fué cariñoso con su familia. Su segunda esposa, Carlota de Saboya, dama de carácter delicado y con un alma encantadora, llevó una vida triste y solitaria; no era guapa: «la reina no era de aquellas que agradan mucho, pero sí una dama excelente,» dice Commynes, que alaba al rey por haber cumplido el voto que hizo á la muerte de su hijo Francisco, en 1473, «de no tocar jamás otra mujer que la reina.» Antes de aquella fecha, había sido Luis un marido bastante veleidoso, pero nunca tuvo una favorita oficial y sus amantes no ejercieron sobre él mayor influencia que Carlota de Saboya.

Luis XI tuvo seis hijos legítimos, de los que sólo tres sobrevivieron, y muchos naturales, y á todos los consideró como instrumentos de su política. Veló con infinitas precauciones por la delicada salud de su hijo varón único, y solicitó para él la mano de gran número de princesas, según las necesidades del momento: la heredera de Borgoña, las hijas del rey de Nápoles, del em-

bre Luis XI y San Claudio, Rousset y Monnier, «Bulletin du Comité de la langue, de l'histoire et des arts de la France,» tomo II, 1856. Marcelo Canat de Chizy, «Revue des Sociétés Savantes,» segunda serie, tomo III, 1860. Sobre Luis XI y San Miguel: Simeón Luce, *La France pendant la guerre de Cent Ans*, primera serie, 1890. Sobre Luis XI y Santa Marta: Padre C. Chevalier, «Bulletin de la Société archéologique de Touraine,» tomo III, 1874-1876. Sobre Luis XI y San Aignan: H. Poullain, *Orleans*, 1461-1483, *règne de Louis le onzième*, 1888. Sobre Luis XI y San Arnoux: Padre P. Guillaume, «Bulletin d'Histoire ecclésiastique des diocèses de Valence, Gap, Grenoble y Viviers,» tomo I, 1880 á 1881. Sobre Luis XI y la cruz de San Laud: Godard-Faultrier, «Bulletin du Comité de la langue,» etc., tomo I, 1854.

perador, de la reina de Castilla, del rey de Inglaterra, de Maximiliano de Austria fueron sucesiva, y algunas hasta simultáneamente, novias del delfín Carlos. Los matrimonios sirvieron á Luis XI de medios de dominación: sus hijas naturales casaron con gentileshombres á quienes deseaba atraerse, tales como el valiente bastardo de Borbón á quien nombró almirante. Una de sus hijas legítimas, Ana, dotada de gran inteligencia y á la que él prefería á todos sus demás hijos, desposóse con Nicolás de Anjou, pero la propuso también á Carlos *el Temerario*, al duque de Borgoña y á su propio hermano Carlos de Francia, esperando de este modo apartar á estos príncipes del partido de los feudales rebeldes. Al fin, sin embargo, se casó con un hermano del duque de la casa de Borbón, Pedro de Beaujeu, que fué uno de los buenos servidores de Luis XI. A su otra hija, Juana, que era raquítica y jorobada, resolvió casarla, antes de que su enfermedad fuera conocida, con Luis de Orleans, hijo único del duque Carlos: procedimiento perentorio para asegurar la pronta extinción de una gran casa feudal. Juana había nacido en 23 de abril de 1464 y el contrato se firmó en 19 de mayo, y aunque más adelante María de Cleves, viuda de Carlos de Orleans, trató de oponerse al matrimonio, éste se efectuó, á pesar suyo y á pesar del novio, en 1476, pues el rey amenazó con desterrar á María de Cleves á orillas del Rin, encerrar á su hijo en un monasterio y cortar la cabeza á sus consejeros. Luis XI escribía alegremente á Antonio de Chabannes en el momento de la boda: «Paréceme que los hijos que tendrán juntos no les costarán nada el mantenerlos.» Después la cosa tomó el carácter de comedia grotesca y repugnante, pues Luis de Orleans no quiso aceptar la dote de cien mil escudos de oro ni tratar como esposa á aquella desdichada jorobadita. El proceso de divorcio entre Luis de Orleans y Juana da los detalles más precisos acerca de los manejos empleados por Luis XI para suprimir todo pretexto de divorcio obligando á su yerno á consumar el matrimonio: requerimientos conminatorios, llegada de un médico para dar consejos al duque y amenaza de enviar dos notarios que tomaran acta delante del lecho conyugal.

Las dos hermanas de Luis XI, Yolanda y Magdalena, se habían casado la una con el duque de Saboya y la otra con el hijo del conde Gastón IV de Foix. Tenía además un hermano menor, Carlos de Francia, con quien, según más adelante veremos, estuvo en perpetua discordia. En cuanto á sus hermanas Yolanda y Magdalena, costóle gran trabajo lograr que se prestaran á servirle en sus combinaciones (1).

Fuera de su familia fué donde Luis XI encontró sus más seguros apoyos. Este monarca consiguió re-

(1) En cuanto á sus hermanas naturales, hijas de Inés Sorel, Luis XI les demostró poco afecto. Respecto de una de ellas, María de Valois, véase el tomo II, pág. 693; otra, Carlota, se casó con Jacobo de Brezé, el cual, habiéndola sorprendido en flagrante delito de adulterio, le dió muerte lo mismo que á su amante Pedro de la Vergne. El rey retuvo á Jacobo de Brezé prisionero durante muchos años y le condenó á una multa que lo arruinó, después de haberle obligado á confesar, bajo amenaza del tormento, que había sospechado injustamente de su esposa. Así vengaba Luis XI el honor de la familia real. (Douet d'Arco, *Procès criminel de Jacques de Brezé*, «Bibliothèque de l'Ecole des Chartes», segunda serie, tomo V, 1848-1849).

unir un personal de consejeros y diplomáticos habilitados (2).

En los comienzos de su reinado, no supo gobernar porque, «como se encontró grande y rey coronado, de pronto no pensó más que en las venganzas.» Después de los funerales de Carlos VII, el viejo Dunois había exclamado: «que él y todos los demás servidores habían perdido á su amo y que cada cual pensara en sí mismo.» En el banquete de la consagración, el duque de Borgoña suplicó á Luis XI que perdonara á aquellos de quienes creía que habían sido sus enemigos; el rey fingió consentir en ello, exceptuando, sin embargo, á siete personas cuyos nombres no dijo, y apenas se hubo separado de Felipe *el Bueno*, ofreció mil quinientos escudos á quienle entregara á Antonio de Chabannes, conde de Dammartin, y á Pedro de Brezé, que ya habían emprendido la fuga. Pedro de Brezé, después de haber vivido algunos meses oculto en los bosques de Normandía, constituyóse prisionero y fué encerrado en el castillo de Loches; Antonio de Chabannes también se entregó, á pesar de que le dijeron que «si el rey podía cogerle haría comer el corazón de su vientre á sus perros.» En 20 de agosto de 1463, el Parlamento, dócil, le declaró culpable de lesa majestad; Luis XI le tuvo encerrado en la Bastilla y distribuyó sus bienes entre sus acusadores, entre los cuales figuraban los hijos de Jacobo Cœur.

Muchas más de siete fueron las personas por Luis XI castigadas: Juan de Bueil, el conde de Tancarville, el señor de Gaucourt, el señor de Loheac, Guillermo Jouvenel de los Ursinos, Juan Dauvet, Ibo de Scepeaux y Guillermo Goffier, perdieron sus respectivos cargos de almirante, gran maestre de aguas y bosques de Francia, canciller, procurador general, primer presidente y primer chambelán, y dos de los más ilustres consejeros, de Carlos VII, Guillermo Cousinot y Esteban Chevalier, permanecieron una temporada en la cárcel. Luis XI soñó además con una renovación completa del personal que desempeñaba los «sesenta y cuatro mil empleos con emolumentos» del reino; antes, empero, de proceder á ella, consultó á varios señores y notables á quienes reunió, á partir del 2 de septiembre de 1461, en el palacio de las Tournelles; mas habiendo aquéllos desaprobado sus proyectos, les despidió y obró á su anto-

(2) Respecto de los servidores de Luis XI, notas de las ediciones de Juan de Roye y de Comynnes, por B. de Mandrot, de las *Lettres de Louis XI* por J. Vaesen, y del *Catalogue des actes de Louis XI relatifs au Dauphiné*, por Pilot de Thorey. Sobre Juan de Bueil, Antonio de Chabannes, los Bureau y Juan Bourré, obras citadas en el tomo II, págs. 725 y 753; y sobre Comynnes numerosos trabajos citados por U. Chevalier, *Répertoire des sources historiques du moyen âge, Bibliographie*. Sobre Cousinot, Noticia de Vallet de Viriville al frente de su edición de la *Chronique de la Pucelle*, 1859. G. Picot, *Le procès criminel d'Olivier le Daim*, «Mémoires lus á l'Académie des sciences morales», 1876 á 1877. B. de Mandrot, *Ymbert de Batarnay*, 1886. A. de Reilhac, *Jean de Reilhac*, 1886-1888. L. de la Trémoille, *Archives d'un serviteur de Louis XI*, 1888. Padre Renet, *Les Bissipat du Beauvaisis*, «Mémoires de la Société archéologique de l'Oise», tomo XIV, 1889. P. M. Perret, *Louis Malet de Graville*, 1889, y *Boffille de Juge*, «Annales du Midi», tomo III, 1891. Feugere des Forts, *Pierre d'Orléans*, «Positions des thèses de l'Ecole des Chartes», 1861. C. Ancher, *Charles I de Melun*, «Moyen âge», 1892. Forgeot, *Jean Balue*, 1895. A. Lanier, *Tristan Lermite*, «Positions des thèses pour le diplôme d'études supérieures d'histoire, présentées à la Faculté des Lettres de Paris», 1897.

jo, decretando tantas destituciones cuantas fueron necesarias para calmar sus resentimientos y para poder colmar de empleos y prebendas á los compañeros que le habían seguido á Genappe, á los protegidos de éstos y á todos aquellos á quienes Carlos VII había tratado como sospechosos (1). De este modo, Juan de Lescun, conocido con el nombre de bastardo de Armagnac, llegó á ser conde de Comminges mariscal de Francia, primer chambelán, teniente general de Guena y gobernador del Delfinado, por haber acompañado al delfín en su destierro, según los términos de las cartas reales, «sin variar, ni temer nada, ni economizar cosa alguna, y antes bien abandonando para obrar así á sus padres y amigos y todos y cada uno de sus bienes (2).» Los antiguos escuderos de las caballerizas del delfín fueron nombrados bailes ó senescales. Luis XI tomó como canciller á Pedro de Morvilliers, que por actos de corrupción había sido expulsado del Parlamento por Carlos VII.

Sin embargo, la reacción no fué bastante completa ni bastante duradera para destruir todas las tradiciones del gobierno real mantenidas y metódicamente desarrolladas por el personal de funcionarios, á despecho de los cambios de soberanos. El Parlamento de París fué respetado casi en absoluto; los dos hermanos Bureau gozaron más que nunca del favor del monarca, y Tristán Lermite, á quien se ha querido representar, por virtud de una leyenda del siglo XVI, como hechura y creación de Luis XI, era ya preboste de los mariscales durante el reinado anterior, y en calidad de tal estaba desde hacía tiempo encargado de la intendencia de los ejércitos y de la jurisdicción militar. Carlos VII se había servido de él, como más adelante se sirvió Luis XI, para dirigir procesos políticos, de suerte que no hizo más que continuar en sus funciones. Pronto reconoció el rey la falta que le habían hecho cometer sus odios y no tardó en poner en libertad á Pedro de Brezé, Guillermo Cousinot y Esteban Chevalier; Guillermo Jouvenel recobró sus sellos después de la guerra del Bien público, Antonio de Chabannes fué en lo sucesivo jefe de guerra del monarca y el astuto Juan Daillón, que en otro tiempo había abandonado al delfín para adherirse al partido de Carlos VII, llegó á ser nuevamente uno de los favoritos de Luis, que le llamaba «Maese Juan de las Habilidades.» En una palabra, la mayor parte de los servidores de Carlos VII sobrevivientes figuraron más pronto ó más tarde en el número de los hombres de confianza de Luis XI.

En cuanto á «elementos nuevos,» fueron á menudo hombres de mérito. Ningún rey, dice Comynnes, supo «honrar y estimar mejor á las personas de bien y de valía... Verdaderamente conocía á todas las gentes de autoridad y de valer que había en Inglaterra, en España, en Portugal, en Italia, en las señorías del duque de Borgoña y en Bretaña, como conocía á sus propios súbditos.» Empleado en su servicio italianos como Luis de Valpergue y Boffille de Yuge, provenzales como Palamedes de Forbin, suizos como los Diesbach y Yost de Silinen, ingleses como Nicolás Calf, escoceses como Guillermo

(1) *Fragment d'une chronique du règne de Louis XI*, «Mélanges de l'Ecole de Rome», 1895, págs. 138-139.

(2) *Ordonnances des rois de France*, tomo XV, pág. 360. Véase Prudhomme, *Histoire de Grenoble*, pág. 276.

Mennypenny, y griegos como Jorge Paleólogo de Bissipat, y se atrajo á los mejores servidores de sus grandes vasallos. El más distinguido de estos tráfugas fué Felipe de Comynnes, hijo del baile de Cassel, que era ahijado de Felipe *el Bueno* y chambelán y uno de los hombres de confianza de Carlos *el Temerario*. Este personaje entró al servicio de Luis XI en 1472 y muy pronto llegó á ser su consejero íntimo, pudiendo decir en sus Memorias que había tenido «claro conocimiento de los asuntos más importantes y secretos que se han tratado en este reino de Francia y en las señorías vecinas.»

Comynnes fué el tipo de esos numerosos advenedizos de reciente nobleza que Luis XI elevó al pináculo de la fortuna. Este príncipe, por otra parte, no se dejó guiar por prejuicio alguno en la elección de hombres, sino que utilizó todas las buenas voluntades, dando puestos de confianza á Jorge de la Tremoille, al señor de Craón, hijo del favorito de Carlos VII, al señor de Albret y al duque de Borbón. Sin embargo, prefirió, en general, los servicios de los hidalgos humildes y de los pecheros á quienes había sacado de la nada y á la nada podía volver. La corporación de los notarios y de los secretarios reales le proporcionó un gran número de sus agentes más hábiles.

Muchos de esos «hombres de valer» no eran «hombres de bien,» ni mucho menos. Antes de su advenimiento había al lado de Luis personas de malísima reputación, como Juan de Montaubán, que había tomado parte en el asesinato de Gil de Bretaña, y Ambrosio de Cambrai, que había fabricado una falsa bula pontificia que autorizaba al conde de Armagnac á casarse con su hermana (3). Luis XI, una vez coronado, hizo de Ambrosio de Cambrai un relator del palacio y la Facultad de Derecho de París hubo de aceptarlo, quieras que no, como doctor regente. Juan de Montaubán, creado almirante y gran maestre de aguas y bosques, se distinguió por sus vergonzosas rapiñas, y muchos de los bailes y senescales de Luis XI fueron gente poco recomendable: Juan de Doyat, á quien se ha representado como «plebeyo hambriento de justicia,» era, en realidad, un concusionario (4); y el barbero Oliverio *el Malo*, que en 1474 fué ennoblecido con el nombre de Oliverio le Daim y llegó á ser conde de Meulán, ha dejado siniestra memoria. Ese ejecutor de las bajas funciones de gobierno, agente provocador, espía y en caso de necesidad verdugo (5), enriquecióse traficando con su crédito, imponiendo rescates á las ciudades, á las abadías y á los particulares y robando opulentas sucesiones.

Probablemente el rey ignoró la mayoría de estas maldades; pero, por otra parte, era indulgente con quien ejecutaba su voluntad hábilmente y al pie de la letra,

(3) Respecto de este personaje, que fué, además, un descarado plagiaro, véase L. Thuasne, *Le Curial d'Alain Chartier*, «Revue des Bibliothèques», 1901.

(4) *Pièces relatives à Jean de Doyat*, «Mémoires de l'Académie des Sciences de Clermont-Ferrand», tomo XXIX, 1887. Véase A. Bardoux, *Les grands baillis au XV siècle*, *Jean de Doyat*, «Revue historique de droit français et étranger», tomo IX, 1863, página 33.

(5) Así por lo menos lo afirma Gaguin en un epigrama: «Eras judex, lictor et exitium.» Tenemos naturalmente muy pocos datos acerca de los trabajos secretos realizados por Oliverio le Daim.